

Si este es uno de los principales aciertos del libro, bastante menos lo es el estudio sobre quiénes fueron realmente los rivales de Ratzinger en el cónclave. El autor llega a citar a un total de veintiún rivales, entre ellos nombres que realmente nunca llegaron siquiera a sonar durante los días del precónclave, como Ivan Días, Cardenal-Arzbispo de Bombay, o Walter Kasper, Presidente del Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos. Es cierto, como dice él, que Carlo María Martini era el rival que realmente nunca llegó a serlo, pero probablemente se esté equivocando con la mayor parte de los papables, especialmente a la vista de lo brevísimo que fue el cónclave. Da la impresión, en ese sentido, de que la batalla por el nombramiento papal quedó aplazada hasta después de Benedicto XVI.

El autor muestra a lo largo del libro, y eso nuevamente le honra porque lo dijo también al inicio de la monografía, una vivencia apasionada del proceso vivido en virtud no sólo de su profesión periodística, sino también de su propia condición católica. Desde esa perspectiva, cuando llega el momento de abordar los retos del pontificado del Papa Ratzinger, se interroga por numerosas cuestiones que probablemente no sólo sean las inquietudes de Benedicto XVI, sino también las suyas propias. Aunque se pone de manifiesto su discrepancia con algunas de las líneas maestras de su pensamiento, dicha discrepancia se realiza desde un escrupuloso respeto que permite otorgar una mayor objetividad a la obra. No obstante, parece verse una clara sintonía entre la visión eclesial de Bastante y algunos de los teólogos represaliados por Ratzinger cuando este se encontraba al frente de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe. Por otra parte, tiene razón el autor cuando dice que este Papa es hombre de aspecto frágil pero, sin embargo, de mirada que infunde profundo respeto, casi temor.

Lo más positivo de obras como la de Jesús Bastante o la de ya citada de José Manuel Vidal es que ha permitido descubrir el gran teólogo que se escondía detrás de aquel severo Prefecto pontificio, rompiendo con las imágenes totalmente estereotipadas que había sobre su persona. En todo caso, debe reconocerse el esfuerzo hecho por el autor para tratar de introducirse (y de introducirnos) en la biografía de una persona que resume como pocas los importantes avatares vividos por la Iglesia universal a lo largo de la segunda mitad del siglo XX.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

KÜNG, HANS, *Libertad conquistada. Memorias* (Trotta, Madrid 2003), 620p., ISBN: 84-8164-642-3.

Hans Küng es una figura bien conocida no solamente dentro del ámbito teológico, sino también por el gran público culto. Con esta publicación nos ofrece el primer volumen de sus memorias, que alcanzan hasta 1968. Resulta bien llamativo que considere conveniente ofrecernos unas memorias personales tan voluminosas y en vida. Contrasta con la entrevista mucho más breve que concedió E. Schillebeeckx¹; las diversas entrevistas concedidas por Rahner, en que le intentan sonsacar sus vivencias más personales; y la costumbre de Congar de llevar un diario privado cuando vive cir-

¹ *Soy un teólogo feliz* (entrevista con F. Strazzari), Atenas, Madrid 1995.

cunstances extraordinarias (la guerra, las dificultades con la Congregación para la Doctrina de la Fe, el Concilio). Los diarios de Congar se han publicado póstumamente, mientras que Küng, apelando a la gratitud (9), enarbola a lo largo de todo el texto «el espíritu de lucha» (9), del que se enorgullece.

La estructura del libro es sencilla: tras un prólogo, va haciendo un recorrido lineal, insertando juicios, anécdotas y observaciones, a la par que, ante todo, va presentando su propia elaboración teológica al hilo de sus propios libros. Así, el libro tiene bastante de autobiografía intelectual. Desfilan casi todos los grandes teólogos del siglo XX, especialmente los de habla alemana y los que intervinieron de modo destacado en el Concilio Vaticano II. En el capítulo primero (13-62) habla de la patria, Suiza y Sursee, de su infancia, su formación y su vocación sacerdotal, entreverado con sus recuerdos de la segunda guerra mundial.

El capítulo segundo (63-99) transcurre en Roma, en el colegio Germánico, durante la etapa de filosofía. Ya tendrá algunos enfrentamientos con sus superiores. Una de las cantinelas más repetidas por Küng es su insistencia en las posibilidades que se le brindaban de «hacer carrera eclesiástica», incluso en Roma (94). Resulta una fijación muy curiosa, pues da la impresión de que en su opinión cualquiera que haya recibido un nombramiento (ej.: Ratzinger, Kasper, Lehmann, etc.) lo habría estado persiguiendo con escrupulosidad. ¿Le ha sucedido eso a Küng para obtener el cúmulo de nombramientos honorarios y de homenajes? ¿No puede haber una conjunción de servicio leal unido al desinterés? O, ¿quizá piensa que hombres como Rahner, von Balthasar, De Lubac, Congar, quienes en algún momento pasaron apuros por sus opiniones teológicas, al no montar una batalla sin cuartel, sino rendir con todo sufrimiento obediencia, estaban buscando secretamente la mitra y la púrpura?

El capítulo siguiente (101-155) se sitúa en el Germánico, pero ahora como alumno de teología. La independencia con respecto a los superiores, el conflicto con ellos y el desprecio de algunos profesores se van acentuando. Asimismo, comienza a despuntar su crítica acérrima al modo de ejercerse el papado y la autoridad en la Iglesia. Como brillante estudiante, prescinde cada vez más de las clases para sumergirse en el estudio personal, que persigue con ahínco, levantándose a las cuatro de la mañana para sacar más tiempo de estudio personal. Se ordena sacerdote y se afianza en la convicción de que ha de seguir ante todo su propia conciencia.

El capítulo cuarto (157-214) pivota en torno a la elaboración de la tesis doctoral, en la Sorbona de París, continuando su trabajo de licenciatura sobre la teología de la justificación en Karl Barth, el mayor teólogo reformado del siglo xx. Ya se advierten algunas características singulares de nuestro teólogo: elige un tema difícil y aboga por una solución controvertida: no habría diferencia sustancial entre la postura de Barth y la de la teología católica; prepara bien astutamente su defensa, con maniobras sutiles y bien premeditadas para salir al paso de sus críticos; consigue una buena edición de su obra, gracias a von Balthasar —a quien no ahorra críticas a lo largo de las memorias—, y un fuerte impacto en el ambiente teológico; viaja mucho y domina un gran número de lenguas. El éxito de su tesis doctoral se convertirá en destino (197-198) de alguna manera, no solamente por la posterior llamada a enseñar en Tubinga, sino también por la convicción de que no hay diferencias de peso reales entre las Iglesias católica y luterana, procurando sacar adelante esta tesis a lo largo de sus obras teológicas.

El capítulo siguiente (215-273) narra su dedicación pastoral en Lucerna, los comienzos de su actividad como conferenciante, la convocatoria del Concilio, su nombramiento como ayudante en Münster y como ordinario para teología fundamental en Tubinga. Llama la atención que ya en Lucerna celebrara la eucaristía de cara al pueblo y en lengua vernácula (219); que le reproche a su papa preferido, Juan XXIII, no haber ideado un completo programa de reforma con todo tipo de medidas autoritarias y nombramientos bien calculados (233-235) y que incluso antes del Concilio ideara las reformas que el mismo Concilio debía efectuar (*Concilio y reunificación*). El «programa Küng» será su vara de medir la bondad del Concilio; así como el reconocimiento del influjo del «programa Küng» es el criterio de verdad al que somete a la imponente historia del Concilio en cinco tomos dirigida por Alberigo. Cada vez que los historiadores de este grupo vierten opiniones que no le gustan a Küng (ej.: 232) o que no conceden a su intervención el mismo grado de incidencia que a Küng le gustaría (ej.: 276-277) salen mal parados. Les echa en cara connivencia con la curia vaticana, cuando es sabido que su historia no ha gustado nada en ciertos ambientes vaticanos. Luego presumirá de tolerante, de respetuoso ante las opiniones diversas, de no pretender manipular, de mera objetividad, etc. Pero cualquiera que disiente del profesor Küng es aherrojado con las cadenas de la mala voluntad en las mazmorras de la incompetencia profesional.

El capítulo sexto (275-350) versa sobre las andanzas y juicios de un Küng ya bastante mediático antes del Concilio, y se centra en su controvertido libro *Estructuras de la Iglesia*. A partir de ahora, la temática preponderante será el mismo Concilio, en el que Küng participó como perito, primero de su obispo y luego de la secretaría de Estado.

En el capítulo séptimo (351-426) se siguen las peripecias del Concilio, en las que Küng participa muy activamente con conferencias, entrevistas, escritos en prensa, reuniones de teólogos y obispos, preparación de borradores, etc. Viaja por todo Estados Unidos durante el primer periodo entre sesiones y termina este capítulo con la muerte de Juan XXIII.

El penúltimo capítulo (427-515) se centra en la segunda sesión conciliar, a la par que ofrece su opinión crítica sobre Pablo VI, a quien acusa de haber seguido «el partido de la Curia» contra el Concilio (495, 561). También relata el nacimiento del Instituto de Investigación Ecu­ménica en Tubinga bajo la dirección directa de Küng. Es muy crítico con la *Lumen gentium*, que considera da la espalda a la Biblia (453). Decide no formar parte de la importantísima comisión teológica (459), para salvaguardar su libertad de crítica y su margen de maniobra en los *media*. Su descontento con la doctrina conciliar sobre la Iglesia le conduce a la decisión de escribir un libro de ecle­siología (*La Iglesia*; 478). Todo se entremezcla con una primera citación ante el Santo oficio, por su libro *Estructuras de la Iglesia* (505).

Por fin, el noveno y último capítulo (517-596) relata las dos últimas sesiones conciliares, así como el inmediato postconcilio. Destaca un viaje alrededor del mundo, precisamente durante la «semana negra». Como prueba de su propia autopercepción, baste esta opinión sobre dicha semana: «yo no habría podido impedir todo lo que en ella sucedió, pero algunas cosas tal vez sí, como en el caso de la Declaración sobre los judíos, que habría podido impedirse con una tarea de colaboración entre peritos y obispos» (532). Rompe el secreto conciliar, informando a periodistas (544). Como nota

curiosa, acepta que en sus juicios acerca de las intervenciones de Pablo VI no le ha concedido expresamente que estuvieran presididas por la buena intención (552). A pesar de un juicio positivo como balance del Concilio, dado que ha recogido muchas de sus propias ideas (571), ya le inquieta la infalibilidad papal y decide escribir un libro al respecto (569; 473). El libro se cierra con una serie de valoraciones y un índice de nombres (597-611), muy oportuno, al que sigue el índice general.

Mi impresión final es que el título bien podría haber sido *Crónica de una disidencia anunciada*, pues lo que Küng formula como espíritu de lucha y defensa de la libertad va cobrando cada vez más la forma de una disidencia abierta y decidida tomando como vara de medir la verdad (*kanón tēs aletheías*) su propia posición, sin apenas admitir la más mínima crítica o corrección. A lo largo de casi seiscientas páginas, relatando situaciones difíciles, delicadas y apuradas, reconoce muy pocos fallos o errores: haber saltado un curso en el instituto (55), no haber prestado mayor atención al judaísmo en su libro sobre el Concilio (403), y no haber mencionado la buena intención de Pablo VI.

En conjunto del libro nos permite conocer mejor a la persona del teólogo. Sus admiradores le darán la razón por su osadía permanente y su oposición eclesial inquebrantable. Los detractores verán justificada la retirada de la *missio canonica* y la *venia docendi*, pues Küng enseña su propia teología y no la de la institución a la que pertenece, siendo la institución quien tiene el derecho y la obligación de decidir por quién se siente correctamente representada. Visto todo el conjunto, si una madre es quien mejor conoce a su hijo, en la página 20 encontramos una profecía: «¡Y ahora no te pongas orgulloso!». No cabe duda de que Küng no ha hecho caso de su madre ni ha seguido sus buenos propósitos de estudiante en el Germánico («reprimir cualquier arranque de soberbia»; 91), sino que se ha considerado como la piedra de salvación de la teología y de la Iglesia debido a su enorme capacidad. No duda en compararse con Kennedy, estando convencido de que representa la nueva frontera de la iglesia (410). La última acción que delata su estilo es haber protestado al *Frankfurter Allgemeine Zeitung* que su entrevista con Benedicto XVI, el con frecuencia y acritud denostado profesor y cardenal Ratzinger, no figurara en la primera página del periódico. El profesor Küng siempre tiene razón y lo que él hace es siempre de la máxima relevancia, dicho sea, de paso, con toda modestia y simplemente en honor a la verdad.—GABINO URÍBARRI, S.J.